



Azulejos

MARÍA BRANDÁN ARÁOZ

Cuatro primos en la playa



Desde 1869

Estrada
apoyando la educación



MARÍA BRANDÁN ARÁOZ

Cuatro primos en la playa

ILUSTRACIONES DE FERNANDO CALVI

Esta obra fue realizada por el equipo de Editorial Estrada S. A. bajo la **coordinación general** de Pedro Saccaggio.

Director de colección: Alejandro Palermo.

Edición, notas y actividades: Ignacio Miller.

Corrector: Ignacio Miller.

Realización gráfica: Olga Lagleyze y Juan Deleau.

Foto de tapa: Sebastián Izquierdo.

Documentación gráfica: María Alejandra Rossi.

Jefe del Departamento de Diseño: Rodrigo R. Carreras.

Gerente de Prensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez.

MARÍA BRANDÁN ARÁOZ

Cuatro primos en la playa

Brandán Aráoz, María

Cuatro primos en la playa / María Brandán Aráoz; dirigido por Alejandro Palermo - 1ª ed. 6ª reimp.- Boulogne: Estrada, 2015.
160 p. : il. ; 19 x 14 cm - (Azulejos; 40)

ISBN 978-950-01-1039-6

1. Material Auxiliar de Enseñanza. I. Palermo, Alejandro, dir.
II. Título
CDD 371.33



Colección Azulejos **40**

© Editorial Estrada S. A., 2006.

Editorial Estrada S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.editorialestrada.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-01-1039-6

La presente publicación se ajusta a la cartografía establecida por el Poder Ejecutivo Nacional a través del IGN —Ley 22.963—, y fue aprobada por el Expte. N° GG14 0276/5 del 26 de febrero de 2014.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Biografía



María Brandán Aráoz nació en Buenos Aires, pero tiene sus raíces familiares en las provincias de Salta y Córdoba. Estudió magisterio, literatura española, periodismo, guión de televisión y de cine, y se especializó en literatura infantil y juvenil.

Como periodista de investigación colaboró en diarios como La Nación y La Prensa, publicaciones de la Universidad de Belgrano y del CONSUDEC. También, en revistas de Editorial La Obra, en Billiken, en Jardincito, y en Enseñar. Realizó guiones de dibujos animados para México.

Fue miembro del jurado en las Fajas de Honor de la SADE, en literatura infantil y juvenil, 1992 y 1998, y en el Premio Fantasía Infantil, 1995 y 1996. Es miembro activo de la Society of Children's Book Writers and Illustrators of U.S.A.

Entre sus premios obtenidos figuran la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores 1983, en Literatura Infantil y Juvenil, por su libro Vacaciones con Aspirina; la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores 1993, en Novela, por su obra Caso reservado; y su libro de cuentos Jesús también fue niño integra el Cuadro de Honor de Literatura Infantil y Juvenil 1999, premio nacional instituido por la Subsecretaría de Educación y la provincia de Tucumán.

Entre sus obras publicadas para chicos y adolescentes se encuentran, además de los libros ya mencionados, las novelas: Enero en Mar del Sur y Refugio peligroso –ambas en Editorial Estrada–; Vecinos y detectives en Belgrano, Detectives en Palermo Viejo, Detectives en Bariloche, Detectives en Recoleta, Misterio en Colonia, Soledad va al colegio, El Hada Mau y las perfectas malvadas y El Hada Mau en vacaciones de infierno; y los libros de cuentos: Terrores nocturnos, La sortija y otros cuentos de terror, El globo de Magdalena, Magdalena en el zoo, Un carrito color sol, Luna recién nacida y El viejo tren.

Concurre a encuentros con sus lectores en los colegios y dicta talleres con docentes y padres.

Si quieren conocer más acerca de la autora y su obra, pueden visitar su página en la Internet: www.brandanaraoz.com.ar

La obra

Cuando los primos Quito, Pato, Manu y Juancho Vega se encuentran, es de esperar que haya líos, sustos y aventuras disparatadas. Y eso es lo que sucede en el verano, cuando se reúnen en la casa que sus abuelos Pocha y Aristides tienen en Mar del Sur.

En esta novela, los lectores encontrarán muchas situaciones divertidas; pero también atravesarán otras en las que el miedo y el suspenso no les darán respiro. Entre una travesura y otra, los cuatro primos tendrán tiempo para investigar algunos casos policiales, y ellos mismos se verán enredados en los siniestros planes de la banda de los satánicos. Todo esto, sin dejar de lado su persistente rivalidad con los Fleming y algunas intervenciones en la vida romántica de Federico, uno de los primos mayores.

En Cuatro primos en la playa, María Brandán Aráoz nos lleva nuevamente al plácido balneario que ya había visitado en su novela Enero en Mar del Sur y hasta nos permite reencontrarnos con algunos personajes conocidos. Si alguna vez tienen oportunidad de visitarlo, descubrirán que Mar del Sur, a solo 15 kilómetros al sur de Miramar, es un lugar con amplias playas, donde la gente toma sol con tranquilidad y los amantes de la pesca pueden dedicarse a su actividad sin ser molestados.

En 1880, existió un proyecto de hacer de ese lugar un gran balneario, ya que un grupo de expertos de Alemania había informado que sus playas eran las mejores de toda la costa atlántica. Como primer paso en la realización de ese proyecto, entre los años 1882 y 1886 se construyó el hotel Boulevard Atlántico, edificio pensado como una alternativa para competir con los grandes hoteles de Mar del Plata, como el Bristol. Al principio, el enorme edificio se elevaba solitario en medio de los médanos; poco a

poco, un pequeño pueblo comenzó a extenderse a su alrededor.

En la época en que se construyó el hotel, se esperaba que el ferrocarril del Sud (hoy ferrocarril Roca) llegara hasta Mar del Sur. Sin embargo, la gran crisis nacional de 1888 provocó que esa extensión de la vía férrea quedara inconclusa. Y, aunque durante las primeras déca-



Una playa de Mar del Sur.

das del siglo xx, Mar del Sur conoció un limitado esplendor, pronto perdió en la competencia que pretendía llevar adelante contra Mar del Plata como polo turístico en la costa bonaerense. En la actualidad, el único testimonio que queda de aquel sueño de esplendor es la gigantesca figura del hotel, que resiste el paso del tiempo.



El Hotel Boulevard Atlántico.

El hotel Boulevard Atlántico se encuentra ubicado sobre la Avenida 100, a pocos metros de la playa. Aunque hoy en día está semiabandonado, en sus tiempos de gloria se contaba entre los hoteles más lujosos de la Argentina. Construida con un estilo estrictamente francés, esta joya de la arquitectura consta de dos plantas. En su amplio salón comedor, se podía degustar la más sofisticada comida francesa. Con cien habitaciones, el hotel contaba, además, con un salón de juegos y baile, teléfono, usina propia, panadería, carnicería, jardines y cine, e, incluso, brindaba un servicio de micros propios para traslados a Miramar y excursiones.

En este hotel tienen lugar algunas de las peripecias de los cuatro primos que protagonizan la novela que van a leer. Otras aventuras transcurren en varias de las casas y negocios que, con el correr de los años, fueron levantándose a su alrededor, hasta formar un apacible pueblo de veraneo. Y también en las amplias playas, muchas veces solitarias, que se extienden en las cercanías del balneario. Lugares que tienen bien ganada su fama de tranquilos y pacíficos. Claro que esa fama se termina cuando los cuatro primos Vega llegan a la playa.

Los invitamos a que los acompañen y compartan sus aventuras.

1

La casa de los abuelos

A mi marido y a mis hijas Mery, Dolo y Magui

— ¡M ar del Sur! — gritó el chofer. Y las puertas del ómnibus se abrieron con un chiflido.

Quito Vega se despertó sobresaltado. Después de seis horas de viaje, había llegado al balneario. Manoteó su mochila, fue en busca de su bolso, dejó el equipaje en la terminal y corrió hacia la playa.

A las ocho de la mañana no había un alma, pero el mar encabritado por el viento era un espectáculo digno de verse. Quito amasó unos bollos de arena húmeda y los arrojó a las olas. Apenas los perdió de vista, se dio media vuelta y se alejó de la orilla; lo esperaba una larga caminata hasta la casa de sus abuelos Vega. Pasó por la terminal a recoger su equipaje y comenzó a andar.

La calle principal —la única asfaltada de Mar del Sur— se continuaba en un camino de tierra. La casa de Pocha y Arístides se veía a la distancia. “Los abuelos” era un caserón y estaba emplazado en un terreno de grandes proporciones, aunque necesitaba urgente techos nuevos y el jardín pedía a gritos que le cortaran el pasto.

Pocha, que seguramente espiaba desde temprano por la ventana de la cocina, lo recibió con un abrazo y una seguidilla de órdenes.

— A lavarse enseguida las manos, a deshacer la valija y a desayunar. ¡Rápido! Que en diez minutos llegan los de la segunda tanda.

—¿Cuántos somos este verano, Pocha?

—¡Qué sé yo! ¡Ya llegaron casi todos tus primos! Los padres van y vienen, como siempre. ¡Vamos, a apurarse! —dijo riendo, y se sacó la alpargata.

Quito contuvo a duras penas la carcajada. La abuela Pocha, además de su fama de mandona, era conocida en la familia como “la alpargata más rápida de Mar del Sur”.

En el primer piso tropezó con Pato y Manu Vega, muy ocupados en atar un piolín, a la altura de los pies, de lado a lado del pasillo.

—¿Para quién es hoy? —investigó Quito.

—Para Juancho, que siempre baja dormido —dijo Manu.

—¿Cuándo llegaste? —susurró Pato.

Quito no tuvo tiempo de contestar. Juancho Vega salió bostezando de su dormitorio y los chistosos desaparecieron en el cuarto de al lado. Su primo caminó soñoliento, al llegar a la trampa trastabilló y... sorprendentemente, dio un salto hacia un costado y entró de sopetón en la habitación contigua.

—¿Creíste que había caído! ¿No? —rió, mientras sostenía a Manu del brazo.

Y los dos se trenzaron en una amistosa lucha cuerpo a cuerpo. Pronto se les sumaron Quito, que andaba con ganas de sacudirse la modorra del viaje, y Pato. Entretenidos en hacer y esquivar tackles, ninguno advirtió la llegada de Arístides.

El abuelo, todavía en pijama, con una pantufla en un pie y un zapato en el otro, bajaba a desayunar tratando de leer el diario con un par de anteojos que se balanceaban sobre su nariz. Al cruzar el pasillo, la pantufla se le enganchó en el piolín. Arístides tiró el diario, perdió los anteojos y alcanzó a agarrarse del pasamanos, pero quedó haciendo equilibrio en el aire. Al mismo tiempo, se

abrió la puerta de la cocina y asomó la cara sorprendida de Pocha.

—¡Arístides! —gritó—. ¡Estás muy viejo para andar trepándote a la baranda! ¡Vení inmediatamente a tomar el desayuno! —mandoneó.

—Sí, Pocha —dijo con docilidad el abuelo, que trataba de recuperar los anteojos y el equilibrio.

En medio de carcajadas, sus cuatro nietos de doce años corrieron a ayudarlo.

Era un desayuno interminable porque seguían llegando primos Vega de todas las edades, y los primeros nunca se iban. La abuela tuvo que reponer cuatro veces la pila de tostadas, la manteca y el dulce de leche. Finalmente, se cansó y echó a los de la primera tanda.

El abuelo se sentó en su silla con respaldo de mimbre a tomar sol y leer el diario en el jardín. Mientras tanto, Quito, Pato, Manu y Juancho planeaban algo divertido para hacer.

—¿Vamos a pescar al arroyo? —propuso Quito.

—A esta hora van los Fleming —informó Juancho.

—¡A esos plomos no los aguanto! —aseguró Manu.

—Tiran piedras y después huyen como cobardes —dijo Pato.

La rivalidad entre los Vega y los Fleming había empezado hacía rato. Las dos familias, muy numerosas, veraneaban de toda la vida en Mar del Sur y entre los chicos se armaban competencias a cada rato.

—Mejor vamos al Médano Grande —propuso Juancho.

—Miren que es un poco tarde. No podemos ir y volver antes del mediodía —protestó Pato, al que no le hacía ninguna gracia quedarse sin almorzar.

—Llevemos comida para hacer un *picnic* entonces —

sugirió Quito—. Y cantimploras con jugo o agua.

—Yo entretengo a Pocha, mientras ustedes buscan en la cocina todo lo que necesitamos —dijo Manu.

Y los cuatro pusieron manos a la obra.